

moso baldaquino para la Colegiata de Guadalupe, cuatro ángeles de gran belleza sosteniendo un palió, bajo el cual, sobre el globo terrestre, debía levantarse la Virgen. Este proyecto superior al del baldaquino actual, no fué aceptado, prueba inequívoca del poco sentimiento artístico del Abad que ha llevado á cabo las obras de la Colegiata.

A la muerte del escultor Noreña, Calvo sirvió la cátedra de escultura en san Carlos, y Alciati, el profesor actual, ante el cadáver del infortunado artista, en sentidas frases hizo su mejor elogio y su más completo panegírico.

**

Beauty in building, han dicho los ingleses al hablar de la arquitectura. Y es cierto, porque el arte, que es la belleza, no podía ser excluído de lo útil y aunque el arquitecto debe tener en cuenta la solidez y la utilidad del edificio, dejaría incompleta la obra si no llamara en su auxilio al arte para dejar el sello indeleble y majestuoso de la hermosura. Admirar y mucho, podrán al espíritu, los muros ciclopeos que aun conserva Grecia; inmensos blocks de roca, que parecen transportados sólo por titanes y que despiertan el recuerdo de los tiempos heroicos; pero ante el asombro que sus gigantes moles infunden, la admiración de lo bello se sobrepone y el espíritu sobrecogido de dulce arrobamiento, detiene los vuelos para contemplar, mudo y absorto, el templo de la Victoria en Atenas, los frisos olímpicos del Parthenón, el conjunto soberbio de largas líneas verticales y horizontales de los templos egipcios ó las amplias naves, las esbeltas columnatas y las atrevidas agujas de las catedrales góticas, en las que la piedra en sublime y extraña ascensión parece querer escalar el cielo.

Primero bajo el influjo del mal gusto de los conquistadores y luego por la irrupción norte-americana, México no ha podido presentar á los ojos del artista más que este ú otro aislado monumento.

Hoy el primer noticiero de un diario, apellida palacio á la casa más fea y humilde; aquí á cualquier cosa le llaman palacio. ¿Cuál de mis lectores no ha oído llevar pomposamente ese nombre á la horrible casa que ocupa D. Sebastián Camacho, por ejemplo.

El arte decorativo, casi puede afirmarse que no existe entre nosotros y nó porque no haya artistas capaces de ejecutarlo, y con singular maestría, sino por el poco ó ningún gusto de los ricos-homes, que fabrican en la gran metrópoli.

Un ingeniero mediano, que ha emprendido algo que por la escasez de arte en nuestras construcciones parece notable, y que en otra parte pasaría inadvertido, concluyó uno de los dos teatros de la República, hoy por hoy los mejores que contamos: el de San Luis Potosí y el de Guanajuato. En este último, el recargo de adornos y el gusto poco delicado del ingeniero Rivas Mercado han hecho de la sala, estilo morisco, algo vulgar y que dista mucho de la belleza sobria y gallarda que á sus creaciones sabe imprimir el arte y que requiere un edificio de esa naturaleza.

El teatro de San Luis Potosí fué proyectado y concluído por el señor D. José Noriega y el de Guanajuato comenzado por él, ¡lástima grande que él mismo no hubiera concluído también esa obra!

D. José Noriega, que es uno de los artistas desaparecidos para siempre en las tenebrosidades de la muerte, nació en México el año de 1826, estudió en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, y tras inmensos sacrificios, pues parece que al genio siempre ha perseguido la desgracia, logró obtener su título de arquitecto y comenzó á ejercer, siendo muy joven aún, su profesión, en la que logró distinguirse bastante.

Noriega, era también pintor de no escaso mérito, é hizo con habilidad varios retratos notables entre otros el del General Ortega. Viajó por Europa donde pudo depurar su gusto artístico y murió, pobre y no ha mucho, en Aguascalientes, dejando varias obras que lo recordarán eternamente. De él es, entre otras, el pequeñopero hermoso teatro de León.

**

Y ya que en este artículo meramente impresionista me ocupo de arquitectura, faltaría á la noción de justicia, si no dedicara algunas frases á una obra de empresa y altamente bella: la arquitectura nacional, en la cual de modo artístico, ha sabido el Sr. arquitecto D. José M. Alva, reunir en feliz y soberbio conubio los rasgos principales y más salientes de la arquitectura Azteca, Tolteca y Maya, formando un harmónico y bellísimo conjunto. Y todo esto ajustado á las leyes que dominan el galano arte de la arquitectura.

Lo que más vistoso y rico hace el trabajo, es la gallarda decoración en la que lucen las grecas del arte azteca, variadísimos y multiformes; los capiteles con mascarones y caríatides, tomadas de las monumentales ruinas de Uxmal; allí los geroglíficos simbólicos, la estrella de la tarde, la piedra del sol y las puertas que, ora recuerdan el arte egipcio, ora la galanura fantástica del arte morisco.

El Sr. Alva ha formado un verdadero tratado de Arquitectura nacional, con innumerables láminas y siguiendo por demás un procedimiento científico.

El proyectó el pabellón de México para la Exposición de París, modelo premiado con medalla de oro y que, no obstante, no fué, como era de esperarse, el elegido para aquel objeto.

Al mismo Sr. Alva se debe el proyecto para un arco triunfal que se destinaría para la entrada de la gran Calzada de la Reforma. Arco verdaderamente hermoso y lleno de majestad y al cuál, en mi humilde concepto, debería el autor quitar el cornizamiento ó remate, de estilo griego purísimo, y que rompe por completo con la unidad de la construcción.

El trabajo del Sr. Alva, merece caluroso y justísimo elogio. Hay en él la tendencia á implantar entre nosotros algo nuestro y que nos caracterice, hay amor á lo bello, y patriótico esfuerzo para formar el verdadero arte nacional.

¡Cuán hermosa hubiera quedado y cuán apropiada para el culto de la virgen india, la Basílica de la Villa, hoy del peor gusto, si en su ornamentación se hubiera empleado el modernísimo arte arquitectónico del Sr. Alva!

**

En esta sinopsis de las manifestaciones artísticas, causa placer y bien profundo, poder señalar un adelantamiento, poder presentar una rama florecida en el hermoso árbol del arte, que tan lozanas y gallardas puede darlas, árbol místico que, á través de los tiempos, conserva siempre fresca y vigorosa su savia, perfumando con ambientes de campiña de mediodía el camino que, en su ascenso eterno, sigue la humanidad.

El grabado, que es la *imprensa* de las bellas artes, y que por una especial coincidencia, fué inventado á la par que la imprenta, ese *grabado* de las bellas letras, abriendo inmenso campo para popularizar las obras del artista y los pensamientos del sabio y del poeta, el grabado, repito, ha tenido mejor suerte entre nosotros, que todas las demás artes sus hermanas.

Muestra de ello, es sin duda, el trabajo de estampillas de correos ejecutado en México, y del cual se

formarán idea mis lectores, por la muestra que este «Almanaque de Arte y Letras» publica en una de sus páginas.

* *

Tenemos, en pintura, dos realidades y muchas esperanzas, de éstas por desgracia, algunas ya se han frustrado, y permita el cielo que las demás no sufran igual suerte.

Son realidades en el arte pictórico, Velasco, el delicado paisajista á quien alguien ha llamado el poeta del pincel y el joven Leandro Izaguirre, verdadero artista de grandes vuelos y de hermosa y robusta inspiración. El posee los elementos precisos y bastantes para ser creador; en su espíritu vibra el *quid divinum* que ha inmortalizado á los grandes sacerdotes de la belleza.

«En las ciencias, exclama Castelar, se necesita la reflexión profunda, el raciocinio laborioso, la comparación sesuda; pero en las artes, se necesita la inspiración, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí, como la misma naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora.

«La Biblia nos da de esto un gran ejemplo «Y dijo Dios: habrá luz y hubo luz.» Las obras de arte, son creaciones del espíritu humano; pero no son inferiores á las obras de la naturaleza. Las obras de arte narran, como los cielos, la gloria de Dios; porque son el resumen de todo cuanto hay de divino en el hombre.»

La hermosura es la gran forma, el molde por excelencia del arte y allí radica su gran poder para sacudir al alma en sus senos más íntimos. La inspiración es una luz que penetra todas las reconditeces del espíritu y lo hace vibrar. Ese es el secreto de los artistas y en el número de esos elegidos están Velasco é Izaguirre; yo exclamo también ante la potencia sublime del verdadero artista:

«Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á las reglas preestablecidas; no crea el alma sacando de sí misma su virtud. La imaginación da forma sensible á la idea. Así es que la razón da el alma de la obra del Arte y la imaginación le da el cuerpo; la razón da la idea, la imaginación la imagen.

* *

En nuestra excursión por el mundo del arte: el fantasma, llegamos frente á una de las más bellas manifestaciones: la del color. Aquí el hombre aparece rodeado de la naturaleza y el artista fija sobre el lienzo lo que hay de más bello: la luz.

El empleo de este soberbio agente es el gran secreto de los pintores, en él estriba el efecto más culminante. Ya Zola ha descrito de manera soberbia las luchas del artista y la luz. Claudio es el desesperado del color, allí está la impotencia del pincel en el cuadro pintado á *plein air*.

Entre nosotros el estudio de luz exige más cuidados, y prolijos; es preciso acostumbrar la retina á las diafanidades de nuestra atmósfera, á las explosiones deslumbrantes y á los estallamientos de claridad.

Y nuestros pintores se preocupan bien poco de la materia, allí está «El General Bravo» cuadro de Ríos, en que el colorido, los celajes, y los términos, acusan el poco estudio de nuestro cielo, de los celajes de la zona tórrida, de nuestra vegetación, en fin, de viva coloración, y que cuando se ha querido trasladar al lienzo ha resultado con tonos de esmalte como los paisajes chillantes de Tenorio. Y hablo de estos cuadros por más que sus autores carezcan de absoluto mérito, porque los cuadros en cuestión, han sido expuestos alguna vez en la Academia de San Carlos. Allí está

comprobando también la falta de conocimiento del claro oscuro, el cuadro de Jara «La fundación de México» de color plumizo pizarra, su luz que determine la hora, y con figuras hechas como de *terra cola*.

El señor Gibbon, dice: «El colorido, que tiene más importancia á veces que la forma; el colorido es la vida de todo lo que poseemos de bello en nuestro cielo privilegiado, en nuestra naturaleza incomparable: ¿cómo es pues, que artistas mexicanos olvidan por un solo momento que el alma del arte en nuestro México es el color; así, ese colorido que transporta al artista y al viajero extranjero, á lejanas regiones del Oriente, á esas regiones eternamente inspiradoras, como creadoras, son, han sido y seguirán siendo para el arte.

En algunos cuadros se ha confundido lastimosamente la tinta, es decir el color, con el tono, lo que los franceses llaman *valeur*, armonía de notas más ó menos altas de luz y de sombra. Y no debemos tampoco confundir el objeto del *claro oscuro* que en la pintura antigua no tuvo otro, que el de hacer resaltar la figura. Plinio, hablando del Júpiter Tonante, pintado por Apeles, dice: que la mano que portaba el rayo, parecía salir de la tela, *extra tabulaum esse*; pero no servían la luz y la sombra, para añadir, como dice un crítico, al interés de la acción representada la poesía del claro y del oscuro.

Creo que la luz lo es todo en el cuadro; recuérdese á Rivera y se verá que las sombras de sus telas aunque oscurecidas por el tiempo, guardan aún una transparencia deliciosa. Montabert, en su *tratado de pintura*, recomienda al pintor doblar el brillo de la luz y no aumentar la oscuridad de la sombra.

No olviden, pues, nuestros artistas, que el estudio de la luz es indispensable, y sobre todo en México, y que éste sólo puede hacerse fuera de los muros entenebrecidos de la escuela.

Rembrandt, el gran maestro, el soberano del claro oscuro, debió más al estudio de la naturaleza y á su genio, que á las enseñanzas de Peter Lastmann y de Jacob Pinas, que con tanto acierto manejaban los contrastes de luz y sombra.

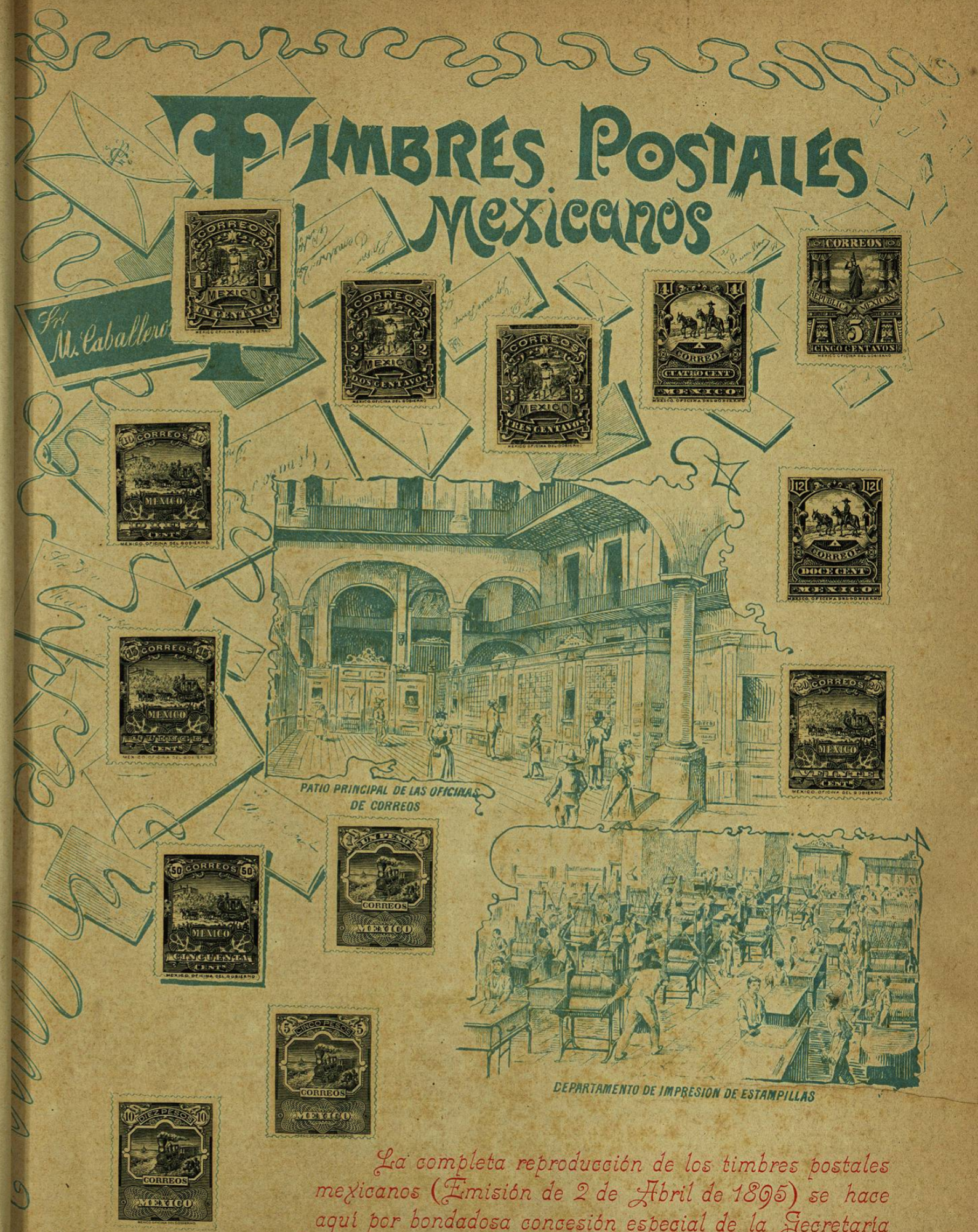
* *

En el año que ha terminado, nada nuevo nos han dado los pinceles de nuestros artistas. El arte, como en los tiempos virreinales, ha vuelto á acogerse al templo, aunque sin emular siquiera á los maestros con quienes contó nuestra Academia: á los Cabrera, Pelegrín, Clavé, Cordero y Landesio.

* *

A la Villa de Guadalupe, á donde parece que las creencias dominantes, han ido á anidarse en una nueva convulsión, á la Basílica que perdió en su restauración cuanto de severo y majestuoso tenía, han ido los pinceles de algunos de nuestros pintores á fijar cuadros que mucho dejan que desear.

«La Vocación de los indios,» cuadro de D. Felipe Gutiérrez, de escuela antigua romana, en mi humilísimo concepto, malo; el de Ibararán, «Informaciones de 1666,» regular, y en él hay figuras bien tratadas; el de Parra, «La Jura del Patronato,» mejor que los anteriores, y denota una mano más hábil; y el de los señores Carrasco é Izaguirre, «El primer milagro,» cuadro terminado por este último joven pintor, obra más artística y con toques maestros; el asunto está bien tratado, el colorido es bello, y en todo el conjunto hay ese sello que sólo el arte sabe imprimir á sus creaciones.



La completa reproducción de los timbres postales mexicanos (Emisión de 2 de Abril de 1895) se hace aquí por bondadosa concesión especial de la Secretaria de Comunicaciones, en virtud de la cual esta hoja fué estampada en la misma Oficina Impresora del Timbre y sobre una plancha de acero grabada ex-profeso para el objeto, con las matrices originales de la mencionada emisión.

**

Estas únicas recientes manifestaciones, nos hablan del arte pictórico en México. Quizá más tarde, los artistas ya citados, y algunos jóvenes alumnos que ya prometen, entre otros el Sr. Joaquín Ramírez, autor de un bonito cartón «Nombramiento de un Jefe Tlaxcalteca,» nos ofrecerán obras de aliento, dignas de admiración y de aplauso.

Entre nosotros está Richard, pintor español, del cual he visto un precioso estudio del desnudo, y su estancia en México, creo sirva de estímulo á nuestros artistas, que tan abandonada tienen la gallarda y hermosa pintura de las carnes. Ciertamente carecemos de modelos y que por lograrlos, deben y mucho, trabajar los amantes del desnudo, en el que Rubens y el Veronés, en la escuela flamenca y veneciana respectivamente, tan bellos cuadros han dejado. Quisiera aún, por amor al arte, extenderme en la enumeración de cuadros; pero después de los que ya he citado, casi tengo que exclamar dolorosamente, á pesar mío; *et voila tout.*

IV

Como el famoso poeta Florentino, en su fantástica excursión, llevo también á un nuevo círculo, donde la maravillosa gama del color, se torna sensible al oído en los siete tonos distintos y armoniosos de la escala.

«La música, no es un instrumento de *placer físico*. La música es el producto más delicado del espíritu humano. En las profundidades de su inteligencia, el hombre posee un sentido íntimo especial, el *sentido estético*, por el cual percibe el arte; la música es uno de los medios de poner este sentido en vibración» Así ha exclamado Camille Saint Saëns, y efectivamente, todos llevamos un sentimiento en lo más recóndito del corazón, que despierta á la voz de una armonía, bien en los instantes supremos de la felicidad, esa sensación del sufrimiento, que dice Harmant, bien en las horas terribles de duelo, en las que el alma se hunde en las tenebrosidades del dolor, cimas negras á las que rueda como Levia, tan altas cumbres, á las cuales queda aferrada como el Prometeo y allí las armonías vivientes van, como las blancas oceánidas, á consolar sus tristezas pálidas y sus penas purpuradas y sangrientas.

Como las oceánidas de las que dice Andrade, el Tirteo americano, que:

No eran rayos de la luna,
ni girones de niebla desgarrados
por el aire liviano;
Era el coro armonioso
de las gentiles hijas del Océano
que á la luz del crepúsculo salían
de sus grutas azules,
y en torno del titán encadenado
los húmedos cabellos sacudían.

**

Desgraciadamente el salón musical está vacío, sólo allá en un ángulo se escucha la voz de la señora Ochoa de Miranda, que no es todavía una eminencia y se destaca la cabeza á lo Meinardus, con su rizosa y negra cabellera, del maestro Carlos Meneses, verdadero artista que, en su escudo de heráldica, podría poner esta leyenda: *Eros, Lumen, Numen.*

Castro, que es notable por su digitación, y Campa, poéticamente melódico.

**

Los compositores, excepción sea hecha de aquellos que no merecen tal nombre, por dedicarse á la quin-calla musical, han enmudecido.

Una que otra misa, que por cierto está siempre muy lejos de la escuela de un Palestrina, el compositor de la Capilla pontifical, y al que la posteridad sobre su sepulcro del Vaticano, le escribió: *musica princeps*, alguna melodía ó capricho, marchas militares, que más que la inspiración, las dicta la lisonja;..... pero ni una ópera.

Aquí es la ocasión de decir algo acerca del Conservatorio Nacional de Música, que parece que efectivamente la conserva; pero guardada y muy oculta, sin formar en el transcurso de varios años, un solo artista.

La clase de canto es deficiente, prueba palmaria da ello es que la señorita enviada, no ha mucho, de ese clase á Europa, no ha podido hacer algo aquí, y que la única alumna, aunque particular, del profesor de canto y que fué presentada al público oficialmente, sufrió una *debacle*.

Las cátedras para instrumentos de orquesta, sólo producen músicos para baile, y la de declamación está en un estado lamentable, y de todo esto no tiene culpa alguna el Estado; el Ministerio del Ramo, atiende con solicitud á esos establecimientos; pero los directores de aquellos planteles carecen de capacidad para cumplir su cometido, y los mismos profesores, con excepciones honrosísimas, tienen apatía é ineptitud y las deficiencias de que adolecen las Academias de Artes, se ocultan al Secretario de Estado, quien no puede estar en todos esos minuciosos detalles, que el público ve, que los inteligentes aprecian y que los alumnos palpan, sufriendo sus gravísimas consecuencias.

Allí está la audición ofrecida por el Conservatorio en su salón teatro, donde se cantaron por alumnos, en traje de carácter, un duo de Trovador y el aria de las joyas, de Fausto, y en que hubo, además, la representación de un ligerísimo sainete. Los cantantes no pueden soportar la más leve comparación con el peor cuadro de las nada excelsas compañías de ópera, que año por año nos visitan, y los actores, excepción hecha de una señorita, que si mal no recuerdo, se apellida Flores, son dignos de esas comparsas del kilómetro, que recorren las ferias en los campos.

**

Nunca el arte musical deplorará bastante la eterna ausencia del señor Bablot, director que fué del Conservatorio Nacional de Música, y al cual debió ese plantel su adelantamiento.

Bablot, creó una orquesta, y dió á conocer en México la música orquestal de Mozart, Weber, Wagner y otros muchos grandes maestros.

Todavía los amantes del divino arte, recuerdan la audición del *Stabat Mater* que ofreció con el concurso de inteligentes profesores.

Todo eso ha acabado hoy para el Conservatorio, donde las audiciones que se ofrecen, año por año, al terminar los exámenes de curso, no son de lo mejor y no acusan el progreso que era de esperarse.

**

Un artista jalisciense, Benigno de la Torre, compositor genial y de mérito, escribe actualmente una ópera, libreto en español; de la cual ópera conozco la introducción y el primer coro de bayaderas, ambos números de exquisita factura, de escuela moderna y en los cuales se nota un brillante conocimiento de composición y un discreto y soberbio manejo de la melodía.

**

Como obra de arte, también debo citar el magnífico órgano que el maestro Francisco Godínez, fabri-